

## Crónicas de la Guerra

LOS ESCLAVOS LIBERTOS

Para LA ZARPA.

Me dán la noticia de que han llegado al campamento dos prisioneros y, aunque es cosa esta que ocurre a diario, corro en su busca por ver si es alguno de ellos cualquiera de los paisanos, compañeros o amigos que gimen en la cautividad y se han decidido a jugarse el todo por el todo cansados de esperar en vano la ansiada liberación que gestiona el Gobierno y que no llega nunca.

No tardo mucho en dar con ellos a su alrededor se apiñan numerosos soldados que los agobian con todo género de preguntas a las que contestan entre alegres y resignados. Los observo y noto en ellos un tan marcado acento gallego que no dudo en preguntarle a uno de ellos: ¿Tú eres de Orense?

—Sí señor, de Bande, y aquel, dice señalándome al otro es de Montederramo. Ante esta súbita revelación de paisanaje me siento más cerca de ellos y llevándolos hacia mi tienda los obsequio y los hombres, agradecidos, me cuentan sus cuitas y trabajos.

Su aspecto ofrece un rudo contraste. Enrique Vilar Fernández, de Chas, en Montederramo, es un muchachote fuerte, robusto, de cara redonda y sonrosada y un aspecto envidiable de salud; en cambio su compañero Albino Alvarez Fernández, de Forcades, en Bande, es un tipo feble, delgaducho, de tez amarillenta y en sus facciones se nota la huella del paludismo que le consume. Las flamantes mantas que les sirven de abrigo son, para Vilar una sencilla bufanda, mientras que Alvarez parece sucumbir bajo el peso de la suya. Traen uniformes nuevos que, al igual de las mantas, son regalo de la Cruz Roja y en mi extensa conversación con ellos pude saber como Alvarez fué hecho prisionero en Tailit después de brava defensa, y Vilar es uno de los heroicos muchachos que a las órdenes del alférez Parada, de Esgos, luchó en Agrau salvándole de una muerte cierta la contingencia de no saber nadar. Dada la orden de evacuación bajaron a la playa perseguidos de cerca por la morisma que se venagaba de la tenaz resistencia que antes ofrecieran tirando a mansalva sobre los infelices que pretendían ganar a nado los barcos de guerra que los transportarían a Melilla. Vilar, desnudo tras una peña, se defendía en lucha desigual con cuatro moros que, visto su tesón ofrecieron perdonarle la vida si entregaba el fusil. Viéndose ya solo y sin dotes natatorias decidió capitular y entonces le quitaron el fusil y la cartera que contenía cinco pesetas trasladándolo al campamento de prisioneros de Annual.

Para contar las humillaciones, fatigas y penalidades que sufrieron durante su cautiverio necesitaba

un periódico entero; solo diré que la desesperación les empujó a realizar la fuga que con tanto éxito llevaron a cabo. Y, cosa rara, fué Alvarez el débil, el enfermo, quien aguijoneó a su compañero y lo arrastró a la huída. ¡Tanto era el miedo que tenía de morir entre aquellos salvajes!

Sabían por los moros los continuados avances de nuestras tropas y ellos mismos vieron desde Dardías cómo se ocupó Batel. Conocían los desastrosos efectos de los bombardeos de los aeroplanos en uno de los cuales perdió sus dos mujeres y un hijo el jefe rebelde Burrahai; y estaban al tanto de la demoralización que va entrando en el campo enemigo. No deja de tener gracia la curiosa observación que los indígenas hacían al principio de nuestras tropas y sus armamentos; decían al ver a nuestros soldados armados de carabinas: "España tener soldados pequenlos y tener que llevar fusila pequenla".

Gracias a la relativa libertad de que gozan los prisioneros en Annual pudieron simular que iban a lavar su ropa en el cercano río, para lo cual abandonaron el campamento a media tarde, y a las seis trasponían sus orillas y empezaban la huída que había de salvarles. Con muy buen sentido se alejaron de los caminos y se metieron por las ásperas montañas teniendo que subir y bajar numerosos desniveles sembrados de peñas y pinchos que herían sus pies, apenas protegidos por las sencillas alpargatas, y dar no pocos rodeos para esquivar las cábilas y jaimas que pueblan el territorio.

La enfermedad de Alvarez y lo largo de la jornada les obligaba a detenerse con frecuencia, y al pretender descansar se quedaban dormidos. De nuevo emprendían la marcha y tras muchas fatigas pasaron el Kert a media noche con el agua hasta la rodilla y por fin dieron vista a las líneas españolas, cuando la luna entraba en su ocaso. Su prudencia les aconsejó esperar a la mañana, y tendidos sobre el duro suelo, mojados, ateridos y cubiertos apenas por la manta vigilaron más que durmieron mientras la cruda noche los cubría de escarcha.

Con el nuevo día recobraron su libertad y alegres entraron en la posición donde paisanos y militares rivalizaron en obsequiarlos. Hecha su presentación a las autoridades, éstas les facilitaron y mandaron a Melilla. Vilar que es quinto del 18, no cabía en sí de gozo y Alvarez queriendo reír hacía una dolorosa mueca. Al marchar se despidieron de mí emocionados. ¡Hacia tanto tiempo que no hablaban gallego! Yo les abraqué y me acordé de sus padres.

BEN CHO-SHEY.

En los campos africanos le 11 Enero de 1922.

